

13. ¡Hijas de María Inmaculada! Si no os sentís con fuerzas suficientes para seguir á Rosa, la incomparable Virgen de Lima, por esos caminos extraordinarios por donde quiso llevarla á las cumbres de la santidad el Señor de las virtudes, seguidla á lo menos, pero constantes y animosas, por ese otro camino llano que habéis emprendido de la pureza de corazón y de sentidos, del ferviente amor á Jesucristo y á María vuestra tierna Madre, y también de la mortificación cristiana, que es el camino real de la salvación. Así honraréis debidamente á vuestra amable Patrona y podréis esperar de ella favores singulares y gracias abundantes para vuestra santificación. ¿Cómo no ha de distinguir con especial cariño á sus hermanas en Cristo? ¿Cómo no ha de cuidar con esmero de este precioso huertecillo de María? ¿No habrá también aquí algunas rosas y azucenas que atraigan sus miradas y que ella recoja para ofrecerlas á Jesús? Alzad, pues, hasta su trono vuestras sentidas plegarias y decidle: «Benedicidnos á todos, ¡oh gloria del continente americano! Benedicidnos ¡oh fulgentísima estrella del Perú! ¡Alcanzadnos á todos los que celebramos vuestras glorias, gracias copiosas y eficaces con que podamos conquistar la del cielo! Así sea.

De Santa Catalina Virgen y Mártir, con ocasión de celebrar su primera Misa un neo-sacerdote.

(Predicado en Cartagena, 1909.)

Santa Catalina, modelo del sacerdote católico.

Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.

Ex. 25, 40.

I. ¡Hermoso espectáculo, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, el que nos presenta el día de hoy esta santa iglesia metropolitana! Vemos á un joven levita, á

un nuevo ministro del Altísimo presentándose en el altar á ofrecer por vez primera con la solemnidad de las augustas ceremonias de la liturgia católica el santo sacrificio de la Misa; y vemos al mismo tiempo al clero y al pueblo de Cartagena congregados bajo las bóvedas de esta majestuosa basílica para celebrar con la pompa de rito á la gloriosa Patrona de la Arquidiócesis, la Virgen y Mártir Santa Catalina. No sin acertado consejo se ha querido reunir estas dos festividades para que mutuamente se comuniquen el esplendor y la solemnidad que á cada una de ellas corresponde. ¡Qué bien concuerdan, en efecto, los sentimientos del nuevo sacerdote en esta hora solemne, con los que debe inspirarle la festividad de la santa Virgen de Alejandría! Ya me parece escuchar en los latidos del corazón del que se ve sublimado á la dignidad del sacerdocio aquel himno de acción de gracias que palpitaba en los labios del Profeta Rey cuando decía: *Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo*¹—«¿Cómo podré retribuir al Señor la multitud de beneficios que este solo beneficio encierra y significa? ¿Cómo darle las debidas gracias por el cúmulo de bendiciones con que me previno y la cariñosa ternura con que dispuso y enlazó las circunstancias todas que me han elevado hasta el ápice de la dignidad sacerdotal en que hoy me encuentro colocado?» *Quid retribuam Domino? Tibi sacrificabo hostiam laudis*². ¡Ah! la Hostia sacrosanta que voy á ofrecer en este instante será el sacrificio de alabanza con que podré satisfacer la inmensa deuda de gratitud que he contraído con mi Dios. Ésta es toda mi esperanza, éste el anhelo de mi corazón. Mas al mirar la imagen de la gloriosa Virgen en cuyo honor va á celebrar su primera Misa solemne, no podrá menos de implorar su valimiento para con el

¹ Ps. 115, 12, 13.

² Ibid. 17.

Todopoderoso, y reflexionando un momento sobre la alteza de santidad y la profundidad de sabiduría celestial de la admirable esposa de Jesucristo, comprenderá desde luego que debe tomarla no sólo por Patrona sino también por modelo y ejemplar clarísimo de la perfección de la vida sacerdotal.

2. Por su parte el ministro de la palabra, encargado de hacer hoy el panegírico de la bendita Patrona de la Iglesia cartagenera, después de elevar á Dios sus preces en unión de los votos del nuevo sacerdote, y de dar á este escogido del Señor los más cordiales parabienes, considera de su deber no tanto ensalzar la sublime dignidad del sacerdocio cristiano, como poner de manifiesto sus altísimos deberes y encarecer las virtudes más que ordinarias de que debe revestirse; y al hacerlo en este día bien puede proponerle por modelo de la vida y virtudes sacerdotales á la ínclita Patrona de los filósofos cristianos y gloriosa mártir Santa Catalina. Porque, en efecto, ¿quién más versado que esta santa Virgen en las ciencias sagradas? ¿quién más ilustre por la santidad que la invicta mártir de Alejandría? Y no os asombre, carísimos oyentes, que proponga á una mujer, á una doncella de dieciocho años por modelo del venerable estado sacerdotal, porque nadie ignora aquella misteriosa economía con que suele Dios escoger las cosas pequeñas y débiles para confundir á las grandes y fuertes. *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia*¹. Por lo demás, aunque no condecorada con la aureola del ministerio eclesiástico, bien puede apellidarse grande, considerada en su fisonomía moral, la esclarecida Virgen, objeto de muchos cultos y honor y gloria del pueblo cristiano. Ciencia, no solamente sagrada sino también profana, puesta al servicio de la religión; santidad que abraza virtudes eminentes y heroicas, son las prendas que hoy más

¹ I Cor. I, 27.

que nunca, por razón de la malicia de los tiempos, deben adornar al ministro de la Iglesia, al sacerdote del Altísimo; y ciencia sublime, vasta y profundísima, y santidad de primer orden fueron las dotes que, como vais á ver, resplandecieron en la frente purísima de la gloriosa Catalina. Apresurémonos, empero, amados hermanos míos, á implorar los auxilios de lo Alto para tratar dignamente tan hermoso asunto, valiéndonos de la poderosa intercesión de la Virgen de las vírgenes, á quien saludaremos con el Ángel: *Ave María*.

I.

3. Grande, extraordinaria debió de ser la ciencia de la Virgen alejandrina cuando pudo llamar la atención de sus contemporáneos en aquel siglo de los Doctores de la Iglesia y en un emporio de las ciencias como la Alejandría del siglo tercero de la era cristiana; grande, cuando la tradición y la historia eclesiástica lo atestiguan unánimemente proclamándola Patrona de los filósofos; grande, en fin, cuando fué capaz de confundir ella sola y convertir al cristianismo á cincuenta afamados filósofos paganos convocados de todas partes para disputar con ella y reducirla al silencio. Y grande fué sin duda y más que humana, porque no tanto fué fruto del ingenio y del estudio como de la superior ilustración divina. Así lo reconocieron y confesaron aquellos vencidos sabios del paganismo, diciendo á Maximino: «Tened entendido, oh emperador, que ninguno ha podido hasta hoy tomar la palabra en presencia nuestra sin verse al punto confundido. Pero esta Virgen en quien habla el Espíritu de Dios nos ha causado tal admiración que no sabemos decir nada contra Jesucristo. . . . Dispuestos estamos todos á convertirnos al Dios de Catalina.»

El talento de la Santa sólo puede compararse con su peregrina hermosura, cuyo brillo cautivó á cuantos la contemplaron cuando, saliendo de su magnífico palacio, fué

á presentarse en el templo de los ídolos delante del emperador, y enfrentándose con aquella divinidad de la tierra, le apostrofó con tanta valentía y dignidad como modestia y donosura. La viveza de su ingenio hízola capaz de adquirir todo género de conocimientos, pero aplicóse de preferencia al estudio de las sagradas Letras, llegando á ser teóloga consumada y apologista invencible de la religión. ¡Con qué fuerza de razonamientos defendió delante de la multitud el dogma de la unidad de Dios, asestando golpe de muerte al politeísmo! Como San Pablo, la joven filósofa deducía lógicamente de la contemplación de las criaturas la existencia y los atributos del Criador. «Considera», decía á Maximino, «el adorno de los cielos: mira el sol, la luna y las estrellas: mira el servicio que prestan y cómo día y noche giran del oriente al occidente sin fatigarse jamás. Y después de esto entra en ti mismo y pregúntate cuál es el ser más poderoso que ellos, que les ha dado existencia y los conserva y dirige; y cuando lo hayas hallado adórale y glorifícale porque Él es el Dios de los dioses y el Señor de los señores.» Y continúa hablando de Dios cosas sublimes que dejan asombrados á cuantos la escuchan. Con no menor sabiduría discurre y perora sobre los misterios de la Encarnación del Verbo y la Redención por Cristo crucificado, á quien ha tomado por Esposo inmortal y en quien ha depositado toda su esperanza y todo el afecto de su corazón virginal. Es decir que, como habla el Apóstol¹, posee Catalina la supereminente ciencia de Cristo Jesús, y la posee no sólo en teoría y especulación, sino con una luz práctica que la hace verdaderamente sabia con sabiduría del cielo, santificando y ennobleciendo su espíritu. ¡Oh! y ¡cómo se expresa cuando trata de las alegrías de la gloria celeste, con cuya animada pintura convierte á la emperatriz, animándola

¹ Phil. 3, 81.

á despreciar por ella las coronas frágiles y perecederas de la tierra! Pero ¿qué verdad, qué misterio de la religión no penetraba con lumbre clarísima aquella privilegiada inteligencia, mejor dicho, aquel corazón purísimo tan bien dispuesto para ver á Dios?

4. He aquí, carísimos hermanos, el modelo del sacerdote católico, colocado por la mano de Dios en el pináculo de la dignidad eclesiástica para alumbrar al mundo con la luz de la verdad religiosa, según la palabra de Jesucristo: *Luceat lux vestra coram hominibus*¹, y el antiguo oráculo: *Labia sacerdotis custodient scientiam*². Verdad es que han florecido en la Iglesia maestros insignes de religión y apologistas seculares: nuestra misma Santa es prueba de ello; y hoy es el día en que valientes plumas salen á defender en la palestra de la prensa nuestros sagrados dogmas contra los ataques de la impiedad que presume de científica. Mas ¿quién duda que es á los custodios del santuario á quienes por deber de su estado les incumbe enseñar y vindicar la religión de Cristo, habiendo dicho el Salvador á sus Apóstoles, y en ellos, á los sacerdotes: *Docete omnes gentes*³. Bien se ve, pues, la obligación que éstos tienen de adquirir una vasta y sólida instrucción en todos los ramos de la ciencia sagrada, Escritura, Teología, Moral, Derecho canónico, Historia eclesiástica, Liturgia y otros muchos. De la ilustración del clero depende en gran parte la conservación y el florecimiento de la fe cristiana en los pueblos, la honra de la Iglesia y el verdadero bienestar de la sociedad. Los sacerdotes son la luz del mundo y la sal de la tierra⁴. Las circunstancias peculiares de nuestra época, buenas y malas, como son la general difusión de las luces, el progreso científico, la impiedad y el indiferentismo religioso, exigen, quizás como en ninguna

¹ Matth. 5, 16.

² Mal. 2, 7.

³ Matth. 28, 19.

⁴ Ibid. 5, 13. 14.

otra, esa ciencia profunda de la religión, capaz de exponerla, vindicarla y hacerla salir triunfante en los espíritus no obcecados por la corrupción ó la perversidad. ¿Quién no conoce, siquiera de nombre, las grandes herejías contemporáneas, el racionalismo en sus diversas formas y el modernismo de los últimos días? Y ¿á cuántas almas no ha logrado seducir el falso brillo de una ciencia de relumbrón, revestida de aparato filosófico-crítico? En las mismas filas del clero ¡cuántas víctimas no tenemos que lamentar, como bien lo sabéis; víctimas ciertamente dignas de lástima por sus dotes no comunes de inteligencia y laboriosidad! ¡Desgraciados! Estos sabios según el mundo no poseían la verdadera ciencia de Dios, por más que hubiesen acumulado vastos conocimientos que sólo les sirvieron para henchirse de orgullo y vanidad. La ciencia del sacerdote debe ser, como la de Santa Catalina, más que humana, sobrenatural, vivificada por la caridad y cimentada en la humildad cristiana.

Para alcanzar esta ciencia, que vale más que los títulos universitarios, no presta pequeño auxilio la formación en el seminario, donde junto con la educación moral del joven levita, se imparte á los aspirantes al sacerdocio la conveniente instrucción en todos los ramos de la ciencia eclesiástica. ¡Precioso tiempo que el joven llamado por Dios al ministerio del santuario debe aprovechar sin perder un momento! ¡Con cuánta sabiduría ha dispuesto la Iglesia la fundación de seminarios! ¡Felices las diócesis que los poseen perfectamente organizados! ¡Y no menos feliz el joven que supo aprovechar la educación del seminario! Mas no creáis por esto, jóvenes alumnos que me escucháis, que basta el tiempo de los estudios para adquirir todo el caudal de ciencia de que debe estar provisto el sacerdote. Bien sabe éste que no le es lícito dejar los libros de la mano, que debe estudiar toda la vida, como lo hacen el médico y el jurisconsulto que quieren

cumplir á conciencia los deberes de su profesión. El sacerdote modelo ama el estudio y la sana lectura; pero da constante preferencia á los estudios propios de su estado y vocación. Mas no desdeña en ningún caso el ejercicio de la oración para obtener del Padre de las luces el espíritu de inteligencia de los divinos misterios.

5. También cultiva, hasta donde le es posible, las ciencias que llamamos profanas. Ninguna le es inútil y muchas pueden serle necesarias. Por eso vemos que el clero católico ha descollado siempre en todo género de disciplinas. No podríamos, sin embargo, exigir á todos los miembros del clero una ilustración universal, bastando para el honor de la Iglesia que algunos la posean ó que no sean pocos los sacerdotes eminentes en todas las ciencias, aun las naturales. La que sí es indispensable á todos es la filosofía, pero la filosofía digna de este nombre, no la bastarda y presumida de independiente de la fe, sino la gran filosofía cristiana de que Santo Tomás fué el portaestandarte y maestro. Nuestra amable Virgen Catalina—¿quién tal creyera, si la tradición y la historia no lo atestiguaran?—fué insigne en esta ciencia, llegando á merecer el título de Patrona de los que se consagran á ese estudio. Y ¡no había de serlo la que pudo confundir y vencer con sus argumentos á cincuenta de los más renombrados filósofos de aquella edad? El mismo emperador Maximino lo reconoció cuando dijo á la Santa: «Bien veo que quieres sorprenderme aduciéndome la autoridad de los filósofos.» Era porque Catalina había alegado en sus discursos sentencias de los sabios antiguos, tan prudentes como éstas: «La cólera no conviene al espíritu del sabio. . . . Si gobierna en ti el espíritu, eres rey; si el cuerpo, no eres más que un esclavo.»

Catalina apoyaba sus conclusiones teológicas no sólo en la Escritura y en la palabra revelada, sino también en los principios de la razón, como lo hacen los teólogos católicos, haciendo servir la filosofía á la defensa de la verdadera

religión. Y tal fué el método seguido constantemente por los sabios de la escuela cristiana, principalmente desde los tiempos medioevales. Así han sabido combatir y vencer á los enemigos de la fe con las mismas armas con que ellos creyeron poder atacarla y destruirla. Así levantaron á la gloria de la religión de Jesucristo el más grandioso monumento, armonizando por maravillosa manera los fueros de la razón y la fe. Obra es ésta de colosal magnitud á que concurren la dialéctica con sus acerados filos hiriendo de muerte al sofisma, la metafísica con sus grandes ideas fundamentales, base de todo humano conocimiento, la cosmología y la antropología con sus estudios sobre el hombre y el universo, y hasta las ciencias morales y jurídicas con sus doctrinas sobre la moral y el derecho, allegadas con la simple luz de la razón.

6. Pero la ilustre Virgen á quien, por su pericia en las ciencias sagradas y profanas, hemos propuesto por modelo del sacerdote, no fué menos versada en la literatura, elocuencia y poesía clásicas; y no menos supo valerse de ellas para hacer triunfar la religión de Cristo en aquel emporio del saber humano, la gran ciudad de Alejandría. Ella, como bien sabéis, tuvo que hablar al pueblo congregado en el lugar del sacrificio, apostrofó al emperador romano, disputó con los filósofos. ¡Qué elocuencia no desplegó en todas estas ocasiones! Ahí están sus palabras que claramente lo atestiguan. Ni fué menos admirable por la forma y manera de expresar sus ideas y sentimientos, que por la sublimidad de su doctrina y agudeza de sus argumentaciones. En cuanto al sacerdote, es evidente que debe poseer igual destreza para enseñar y persuadir á la muchedumbre desde el púlpito, que para dictar lecciones de religión desde la cátedra. La predicación es el gran ministerio sacerdotal; y, sean cuales fueren las dotes oratorias con que le haya favorecido la Providencia, él debe procurar hacerse con los recursos del arte, aprendiendo no sólo en

los grandes modelos del cristianismo, sino aun en los inmortales maestros del bien decir que nos legó la sabia antigüedad. Por eso debe aplicarse con empeño al estudio de la elocuencia, sagrada y profana, como consta que lo hicieron los más insignes Padres y Doctores de la Iglesia, los Leones, los Ambrosios, los Bernardos, cuyas huellas han seguido los célebres oradores sagrados de que justamente se glorían las naciones católicas, mayormente Italia, España y Francia.

Es innegable, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, que el sacerdote en estos tiempos de lucha está obligado á dirigir la palabra á las masas ignorantes y á las corporaciones sabias, á todas las clases sociales y á veces también á los que presumen de reyes del pensamiento. Y no sólo es el púlpito el teatro adecuado de la elocuencia sacerdotal, sino también el libro y el periódico, ya que las condiciones actuales de la sociedad han hecho necesario el magisterio de la prensa. ¡La prensa, la gran prensa católica! ¿podrá quedar entregada enteramente á la pluma del católico seglar? ¿no deberá tomar parte en ella, cuando no la dirección, el escritor eclesiástico? No cabe dudar de la necesidad que tiene de escribir para el público el clero católico, por más que no todos sus miembros hayan de consagrar su talento y su tiempo á la tarea de escritores, ocupación no siempre compatible con otros ministerios sacerdotales más urgentes.

Y esto baste, carísimos hermanos, por lo que toca á la ciencia del sacerdote, cuyo modelo hemos visto en la gloriosa Virgen Santa Catalina. Pasemos á considerar á nuestra heroína por otro aspecto, aun más interesante, como ejemplar perfectísimo de la santidad sacerdotal.

II.

7. Admirable es ciertamente una sabiduría tan precoz como vasta y profunda, tanto que llenó de asombro á sus